

THOMAS
MANN



JOSÉ
Y SUS
HERMANOS

JOSÉ EL PROVEEDOR



Obra fundamental es la tetralogía *José y sus hermanos* (1933-1943), una imaginativa versión de la historia bíblica de José, relatada en los capítulos 37 a 50 del Libro del Génesis. El primer volumen cuenta el establecimiento de la familia de Jaacob, el padre de José. El segundo relata la vida del joven José, que aún no ha recibido las grandes dotes que le esperan, y su enemistad con sus diez hermanos, los cuales acaban traicionándolo y vendiéndolo como esclavo a Egipto. En el tercer tomo José se convierte en mayordomo de Putifar, pero acaba encarcelado al rechazar las insinuaciones de la esposa de su benefactor. El último libro muestra al maduro José en el cargo de administrador de los graneros de Egipto. El hambre atrae a los hermanos de José a este país, y José organiza hábilmente una escena para darse a conocer a aquéllos. Al final, la reconciliación reúne de nuevo a toda la familia.

El autor de *La montaña mágica* levanta con esta tetralogía una catedral verbal donde tienen cabida la leyenda bíblica —la historia de José— y materiales eruditos, es decir, elementos de la arqueología, de la mitología, de la historia de las religiones, de la dialectología. Esta aventura narrativa constituye todo un acontecimiento en el panorama editorial hispanoamericano.

Preludio en las esferas humanas

En las Esferas Supremas reinaba, entonces como siempre en parecida circunstancia, una satisfacción a la vez suave y maligna, el agradable sentimiento que se tiene al comprobar un desastre previsto. Se expresaba con un cambio de miradas surgidas a través de los párpados modestamente entornados y con bocas redondeadas en una mueca. Una vez más, se colmaba la medida y se agotaba la paciencia. La justicia debió ejercerse. Y, muy contra su voluntad, el Altísimo se vio obligado a castigar, bajo la presión del Reino del Rigor (ese rigor ante el cual los fundamentos del mundo no podían, por otra parte, subsistir, ya que no se pudo establecerlos en la tierra harto movediza de la misericordia y la piedad). En su aflicción majestuosa, el Todopoderoso se había visto obligado a intervenir, depurar, destruir, para nivelar después, como en tiempos del Diluvio, en los días de la lluvia de azufre en que el Mar Muerto sumergió las ciudades malditas.

Esta vez, la concesión hecha a la justicia no era del mismo estilo ni extensión, como tampoco a la misma espantosa escala que cuando la gran crisis de los remordimientos y ahogos colectivos; ni terrible como en la época en que dos de los nuestros, a causa de la perversión del sentido estético de los habitantes de Sodoma, estuvieron a punto de pagar un exorbitante derecho de gracia. No; esta vez no era toda la humanidad la caída en el abismo y en la fosa, ni siquiera un grupo de hombres cuya corrupción clamaba al cielo. Se trataba de un espécimen único, aunque increíblemente seductor y satisfecho de sí, objeto de una predilec-

ción más grande y de planes de alcance más amplio; y nosotros nos dábamos de narices con un caprichoso pensamiento que sólo era muy familiar en las cohortes celestiales y que desde tiempos inmemoriales no había causado una amargura a la vez que la esperanza no injustificada de ver pronto cambiados los papeles y con ello la amargura en los que lo habían provocado: «Los ángeles han sido creados a nuestra imagen, pero no son fecundos. Los animales, en cambio, son fecundos, y —bien se ve— no son hechos a nuestra imagen. Crearemos, pues, el hombre a imagen del ángel y, sin embargo, fecundo».

Idea fantástica. Más que baladí: desplazada, singular, generadora de aflicción y decepciones. Fecundos, en verdad, no lo éramos. Cortesanos de la luz, chambelanes ponderados, la historia de nuestras relaciones de otro tiempo con las hijas de los hombres no fue nunca sino un chisme inconsistente del mundo de abajo. Pero, bien consideradas las cosas, y aunque alguna interesante ventaja pueda ofrecer la fecundidad —cualidad animal—, además y por encima de su animalidad, ocurre que nosotros, los «estériles», no bebemos la iniquidad como agua y el Altísimo vería hasta dónde iba a llevarle ese capricho de una raza de ángeles fecundos. Tal vez lo bastante lejos para demostrar que un Todopoderoso circunspecto y prudentemente preocupado de Su quietud haría mejor en atenerse, de una vez por todas, a nuestra honorable forma de existencia...

El poder ilimitado, la ilimitada facultad de imaginar, de exteriorizar, de concretar en un simple: «¡Hágase!» esas prerrogativas, encierran, ciertamente, sus peligros. Hasta la Sabiduría Universal puede fallar cuando se trata de evitar el error y la exageración en el ejercicio de tal absolutismo. Por pura agitación y necesidad de manifestarlo, el deseo de agregar «más, más aún», de crear, tras el ángel y la bestia, «el ángel-bestia», llegaba a la imprudencia de insuflar vida a un ser notoriamente precario y desasosegador, y en seguida, precisamente porque era una creación errada, se

apegaba a ella con admirable perseverancia, al punto de testimoniarle una solicitud hiriente para los cielos.

Esta idea, esta desagradable creación, ¿la había imaginado solo el Altísimo? En los círculos y órdenes de las legiones celestes, las suposiciones abundaban. Algunos afirmaban, en voz baja, lo contrario; hipótesis imposible de demostrar, pero harto plausible. ¿No se murmuraba que la sugerencia venía del gran Semael, en la época distante, anterior a su caída luminosa, en que todavía se hallaba muy cerca del trono? La insinuación llevaba su sello. ¿Y por qué, en verdad? Porque se entregaba a realizar e introducir el Mal en el mundo, su más íntimo pensamiento que nadie sospechaba ni tenía en cuenta; y porque el enriquecimiento del repertorio terrestre del Mal debía derivar fatalmente de la creación del hombre. En efecto, entre los animales fecundos, el Mal, gran invento de Semael, no podía existir; y mucho menos entre nosotros, imágenes infecundas de Dios. Para que el mal fuera, para que se manifestara con potencia, se necesitaba justamente la criatura que, según toda verosimilitud, Semael había sugerido: una imagen de Dios, fecunda. En suma: el Hombre. No se deduce de esto, fatalmente, que el Todopoderoso haya sido engañado, pues Semael, a su grandiosa manera no debió adivinar las consecuencias de la propuesta creación, con otras palabras, el nacimiento del Mal. Las había descrito sin ambages, fogoso, aunque, según las sospechas de los círculos angélicos, haya hecho ver el acrecentamiento de vitalidad que con ello vendría para el Creador, a causa de la necesidad de ejercer Su misericordia, Su compasión, Su justicia y Sus sanciones una vez nacida la noción del mérito y de la culpa, de la recompensa y el castigo, o simplemente del Bien, fenómeno indisoluble del Mal; porque éste, en el limbo de lo posible, esperaba aún a su contrario para adquirir cuerpo. Por otra parte, ¿la Creación no reposaba en la división, en recurrir a los contrarios para dinamizar la Creación? Había comenzado por la de la luz con las tinieblas, y el Todopo-

deroso se mostraría lógico consigo si, partiendo de esta división externa, daba un paso más para crear el mundo moral.

En las Altas Esferas prevaleció la opinión de que eran éstos los argumentos y halagos por medio de los cuales el gran Semaël atrajo al Trono a su parecer, ciertamente de una consumada perfidia. Cómo no ahogarse de risa ante esta astucia disfrazada de impudente franqueza, esta máscara de una perversidad y malevolencia que no dejaban, por lo demás, de provocar cierta simpatía entre las celestes legiones. La malignidad de Semaël consistía en esto: si los animales, dotados de fecundidad, no están hechos a imagen de Dios, tampoco nosotros, efigies del Señor, sus artesanos, lo estamos estrictamente, pues dicho don —gracias al cielo— nos fue negado. La divinidad y la fecundidad, propiedades atribuidas a los animales, se hallaron, en el origen, reunidas en el Creador; así, la nueva criatura sugerida por Semaël, y que en ella las conciliaría, hecha estaría a una auténtica semejanza del Señor. No obstante, con este ser —el Hombre— el Mal hacía, precisamente, su aparición en el mundo.

¿No era ésta una razón para sonreír? Así, pues, con esta criatura de mayor semejanza con el Creador, el Mal había sido introducido en la tierra. El Señor, aconsejado por Semaël, se había creado un espejo de muy poco halago. A menudo, en su cólera y perplejidad, ganas le daban de romperlo. Nunca cedía por completo, tal vez porque no podía resolverse a devolver a la nada aquello a que había insuflado vida: más se adhería a Su criatura fracasada que a Sus logros; tal vez también porque no podía admitir el fracaso completo de un ser tan cabalmente hecho a Su semejanza. Por fin, ¿acaso un espejo era un medio para conocerse? Y después, cierto Abiram, o Abraham, un hijo de los hombres, debía un día ofrecerle el espectáculo de una dualidad consciente que le permitiría tener mayor conciencia de Sí.

El hombre fue, pues, el producto de la curiosidad que Dios tuvo de sí mismo. Hábilmente, Semaél había adivinado esta curiosidad y explotádola para sus propios fines. Había llegado a la cólera y la perplejidad; singularmente, en los casos nada raros en que el Mal se unía a una inteligencia audaz, a una lógica combativa, como en Caín, el primer fratricida, cuya entrevista con el Creador, una vez cometido su acto, había sido más o menos divulgada con diligencia. El Señor no salió del todo bien parado cuando le preguntó al hijo de Eva: «¿Qué has hecho? La voz de tu hermano grita hacia mí desde la tierra, que ha abierto la boca para recibir de tu mano la sangre de tu hermano». Y Caín le respondió: «Sí, maté a mi hermano y es muy triste. Pero ¿quién me creó como soy, celoso al punto que, a menudo, todo mi ser se trastorna y ya no sé lo que hago? ¿No eres el Dios Celoso, y no me modelaste a tu imagen? ¿Quién puso, pues, en mí el impulso funesto del acto que irreparablemente cometí? Dices que sobrellevas, solo, el peso del mundo, ¿y no quieres sobrellevar el peso de nuestros pecados?».

No estaba mal. Exactamente como si Caín o Cayín se hubiese inspirado en Semaél, aunque, sin duda, este exaltado habría prescindido de consejos. La respuesta era difícil. ¿Qué otra alternativa quedaba que aniquilar al culpable o reír, cohibido? «Ándate —dijo el Señor—. Sigue tu camino. Serás un hombre errante y fugitivo, pero te marcaré, en señal de que me perteneces y que nadie tiene derecho a matarte». En suma, gracias a su argumentación, Caín se vio condenado a la pena mínima. En verdad, no podía ser cosa de castigo. Ni siquiera la amenaza hecha al nómada, al vagabundo, era terrible. Caín se instaló en el país de Nod, al este del Edén, donde engendró en paz su posteridad, obra a la cual estaba precisamente destinado.

Otras veces, caía el castigo, terrible, y la augusta aflicción agostaba la indignidad de la criatura «más semejante a Él». O venían recompensas, también inauditas, es decir,

exageradas, sin orden. Basta recordar a Henoc o Hanok y las gracias increíbles (se sentiría uno tentado a murmurar, muy bajito, extravagantes) de que fue colmado. Las milicias celestiales estimaban —y no se privaban de cuchichearlo— que las promociones y castigos no eran distribuidos en la tierra con la equidad deseable, y que el mundo ético creado por consejo de Semael no era administrado con la seriedad requerida. Poco faltaba —y a menudo no faltaba nada — para convencer a las Altas Esferas que Semael tomaba el mundo moral más a lo serio que el mismo Altísimo.

Imposible disimularlo, aun en hora oportuna. Las recompensas, por desproporcionadas que a veces fueran con el objeto, servían de pretexto y de expediente edificante para justificar bendiciones basadas, en el fondo, sobre el favor arbitrario y casi sin vínculo con la moral. ¿Y los castigos? Aquí, por ejemplo, en el país de Egipto, se castigaba y nivelaba ahora, aparentemente de mal grado y con pesar, en aras de la moral. Alguien, un favorito presuntuoso, un soñador de sueños, un leve fruto de la cepa de quien fue el primero en creerse el instrumento por cuyo medio Dios se conocería a sí mismo, había bajado por segunda vez a la fosa, a la prisión, al pozo, porque su locura había sobrepasado los límites y dejado al amor con la brida al cuello como antes al odio. Pero nosotros, los que rodeamos el Trono, ¿no cederíamos a una ilusión al regocijarnos de esa lluvia de azufre?

Entre nosotros, convengámoslo, en el fondo, no nos ilusionamos ni un instante. Sabíamos muy bien, o lo suponíamos, que esa severidad se desplegaba para complacer al Reino del Rigor; pero que, en el fondo, el castigo, ese atributo del mundo moral, servía para pasar la encrucijada donde una subterránea salida llevaba hacia la luz y —con respeto Suyo— que se recurría indebidamente al castigo para producir una ascensión mayor que la antigua. Cuando nos encontrábamos, nosotros los ángeles, y bajábamos silenciosamente nuestras pestañas radiantes, y fruncíamos de

modo tan expresivo nuestras pequeñas bocas redondas, lo hacíamos porque comprendíamos. El castigo, vehículo hacia una grandeza más exaltada. El augusto juego esclarecía retrospectivamente las culpas e impertinencias que habían «necesitado» la sanción, claridad no surgida de consideraciones morales, pues los errores anteriores del castigado, fuese quien fuere su inspirador (sólo Dios lo sabe), parecían haber sido el instrumento de una nueva e insigne exaltación.

La camarilla del Trono creía más o menos advertir estos manejos, gracias a su omnisciencia, por limitada que fuera, de la que no se valía, por lo demás, por respeto, sino con muchos miramientos, reticencias y disimulo. Conviene agregar, en voz bajísima, que los medios celestiales creían saber muchísimo más acerca de las cosas, diligencias, intenciones, manejos, secretos de vasto alcance, que vano hubiera sido desdeñar como simples murmuraciones cortesanas. Todo conciliábulo explícito al respecto, hasta un simple murmullo, hubiese sido extemporáneo, de modo que las alusiones y comentarios confinábanse en el mutismo: apenas un frágil movimiento de los labios malignamente alargados. Estas cosas, estos rumores y sus planes, ¿qué eran, en suma?

Se referían a esa arbitrariedad —oh, por cierto que fuera de toda crítica, pero, no obstante, singular— en la repartición de la alabanza y el vituperio, al complejo problema del favor, de la predilección, de la elección, que ponía la existencia del mundo moral como brotada de la creación simultánea del Mal y del Bien. Se relacionaba también con una noticia, no confirmada, pero, al parecer, bien fundamentada, que labios apenas movidos propagaran alrededor: el consejo, la insinuación de Semaél, la creación de un ser a semejanza de Dios —el hombre—, no era el último parecer con que regalara al Trono. Las relaciones entre éste y el ángel caído no habían cesado por completo, o se habían reanudado un día, no se sabe cómo. La corte celeste

ignoraba si se había producido un descendimiento al Abismo infernal, seguido de un cambio de ideas, o si, por su parte, el Expulsado —¿acaso más de una vez?— había encontrado la manera de abandonar su retiro para tomar la palabra ante el Trono.

Fuese como fuere, se las había averiguado para insistir en sus consejos de otro tiempo, tan hábilmente comprometedores, para completarlos con sugerencias nuevas. Como antes, esos consejos no hicieron otra cosa que estimular pensamientos existentes, pero informados, que no aguardaban sino un impulso propicio.

Para comprender lo que pasaba, tenemos que recordar ciertas fechas y detalles que son premisas y preludeo de la presente historia. Aludimos a esa novela psicológica del Alma que se ha indicado brevemente en otra parte con ayuda de vocablos a disposición nuestra: la novela del Alma humana primitiva que, con la materia pecadora, constituyó la base de cuanto vino y pudo convertirse en objeto de un relato. Tal vez la palabra «creación» sería la adecuada aquí, pues la Caída consistió en que el Alma, por una especie de sensualidad melancólica sorprendente para un principio original de la jurisdicción de las Esferas Supremas, cedió al deseo de penetrar por amor una materia amorfa, obstinadamente apegada a su amorfismo, para suscitar en ella formas que la harían apta para conocer las voluptuosidades carnales. ¿Y no vino en su ayuda el Todopoderoso en esta lucha superior a sus fuerzas, cuando creó el mundo de las formas y de la muerte en que se producen los acontecimientos susceptibles de relatarse? Actuó por piedad hacia la tortura del Alma, su compañera extraviada, concepto que permite inducir ciertas afinidades de naturaleza y sentimiento; y, ya que esta conclusión se impone, ¿cómo no articular, aunque parezca audaz, hasta sacrílego, la palabra error?

¿Puede asociarse con Él la idea de error? No, cien veces no. Ésta es la única respuesta posible a tal pregunta. Es la

que habrían dado las legiones celestiales, acompañada, es cierto, de un discreto fruncimiento de la boca. Sería arriesgado considerar como un error en sí la tierna y misericordiosa piedad que inspiró un error al Creador. Sería prematuro porque la creación del mundo finito de la vida y de la muerte, el mundo de las formas, no trajo mengua alguna a la dignidad, la espiritualidad, la majestad o el absolutismo de un Dios externo y anterior a la humanidad; hasta aquí, no se trata seriamente de un error, en el propio sentido de la palabra. Pero no ocurre lo mismo con las ideas, planes y aspiraciones que desde entonces, secretamente, volaron por los aires y, según se cree, formaron el nudo de misteriosos coloquios con Semael. Éste fingió, sin duda, creer que sugería al Trono un proyecto imprevisto, de su amaño; pero no ignoraba que ya, en silencio, había por ello vaga inquietud. Evidentemente, Semael se asentaba en la creencia errónea, generalmente divulgada, de que si dos personas tienen la misma idea es porque ésta es buena.

¿De qué sirve mantener mayor tiempo la luz bajo el celémín? Lo que proponía el gran Semael, con una mano en la barbilla y la otra tendida hacia el Trono, durante un elocuente alegato, era nada menos que la encarnación del Altísimo entre un pueblo elegido, no nacido aún, pero destinado a crearse, a ejemplo de otras divinidades terrestres, las divinidades de las tribus y de los pueblos, mágicas y poderosas, colmadas de vitalidad carnal. No pronunciamos al azar la palabra «vitalidad»; pues el principal argumento del Infierno fue —como cuando sugirió la creación del hombre— el acrecentamiento de vitalidad que de ello resultaría para el Creador espiritual, exterior y superior al mundo y, esta vez fue el argumento principal; el Infierno sutil tenía otros reservados y supuso, con razón o sin ella, que ya se agitaban en el pensamiento de su Oyente y que sólo le bastaba soplar en las chispas.

La fibra que trató de hacer vibrar fue la ambición, una ambición condescendiente, claro es, pues en la suprema je-

rarquía toda ambición hacia lo alto es inconcebible y no puede ejercerse sino hacia abajo: ambición de ser semejante a los otros, de asimilarse y de renunciar a lo excepcional. Para el Abismo fue un juego suscitar en el Señor espiritual el sentimiento hastiado de Su abstracción y Su universalidad, que debía sentir al compararse a las divinidades de las tribus primitivas, hacedoras de milagros y despertadoras de sensualidad; una ambición que, precisamente, debía aspirar a la condescendencia, a la limitación, que sazonaría como una pimienta el desabrimiento de Su existencia. Trocar la augusta pero algo pálida omnipotencia espiritual por la vida carnal, henchida de sangre, de un dios corporal; igualarse a los demás dioses: tal era la suprema aspiración secreta, vacilante, que halagó la astucia de Semael. Séanos permitido, para explicar esta concesión, trazar un paralelo entre ella y la novela del alma, la aventura amorosa del alma con la materia y la «sensualidad melancólica» que la incitó; en suma, su «caída». Casi no hay necesidad de hacerlo; este paralelo se impone, singularmente, por la asistencia creadora y la simpatía acordadas en su hora al alma extraviada, y que sin duda dieron al gran Semael la temeridad perversa para arriesgar su sugerencia.

La malignidad y el ardiente anhelo de causar disgustos fueron, bien miradas las cosas, los motivos ocultos de ese consejo. Pues el hombre era ya, en cuanto hombre y visto en general, una fuente de constante sinsabor para el Creador; era previsible que el sinsabor se agravaría con Su alianza corporal con una raza humana escogida, una especie de acrecentamiento vital equivalente a una experiencia biológica. El Abismo lo sabía sobradamente. Nada bueno resultaría de una ambición dirigida hacia abajo, de una tentativa para igualarse a los demás vínculos entre el Dios universal y la raza elegida; al menos, esto no se realizaría sin largos rodeos, complicaciones, decepciones y amarguras. Semael sabía de sobra lo que el Señor así aconsejado sabía también, seguramente, de antemano: después de realizar la ex-

perencia riesgosa de una vitalidad biológica como dios de una tribu y de haber saboteado los placeres peligrosos, aunque violentos, de una existencia terrenal concentrada en una encarnación popular, mantenida y adorada con todo un ritual mágico, vendría fatalmente el instante del pesar y de la reflexión, la renuncia a esa limitación dinámica, el regreso del Señor del Más Allá al Más Allá, la recuperación del poder absoluto y de la omnisciencia espiritual. Pero el pensamiento que Semael —y sólo él— abrigaba en lo hondo del corazón era que este regreso y recuperación, comparables al fin de una era, se acompañarían forzosamente de cierto malestar, y su malevolencia, madre de toda perversidad, con ello se deleitaba.

Azar o no, la raza elegida y destinada a esta encarnación estaba de tal modo constituida que el Dios Universal, al convertirse en la divinidad carnal de ese pueblo, no sólo debía abdicar su primacía sobre los demás dioses de los países de la tierra y tornarse igual a ellos, sino que, en cuanto a poderío y honores, les sería muy inferior; y de ello el Abismo se regocijaba. Además, esta voluntad condescendiente de volverse el dios de un pueblo, esa experiencia de dicha biológica, iban en contra de certidumbres más claras y de previsiones más perspicaces de la misma raza elegida. En efecto, no fue sin la intensa cooperación espiritual de esa raza elegida cómo se realizaron el regreso y la recuperación de sí mismo y cómo el Altísimo recobró su rango supremo, por encima de los dioses terrenales. Esto excitaba la malicia de Semael; el hecho de ser el dios de esa raza determinada no ofrecía, realmente, un placer excepcional; nada había en ello, para él, dicho claramente, que le enorgulleciera. Entre mal situado; pero, en cambio, y como corolario, la calidad inherente a un ser humano de ser el instrumento que permitiría a Dios autoconocerse, se afirmaría en ese pueblo con particular fuerza. Sentiría esa gente la necesidad innata, imperiosa, de profundizar la esencia de Dios. Desde un principio germinó en ella la facul-

tad de descubrir el carácter extraterrestre del Creador. Su universalidad, Su espiritualidad también; y de descubrir que Él englobaba el mundo, pero que el mundo no le englobaba (como el narrador engloba su historia y ésta a él no, de suerte que éste tiene la posibilidad de explicar aquélla). Era un embrión destinado a desarrollarse con el tiempo, gracias a penosos esfuerzos, y alcanzar hasta el pleno conocimiento de la verdadera naturaleza divina. ¿Se puede deducir que éste fue, en verdad, el motivo de su «elección» y que, como el astuto consejero, Aquél que recibía el consejo sabía de antemano el resultado de la aventura biológica? ¿Y que, por lo tanto, Él se creó a sí mismo, a sabiendas, un motivo de amargura y reflexión? Acaso este punto de vista se imponga. Sea como fuere, a los ojos de Semaél, lo primordial del asunto consistía en que la raza elegida tenía desde el comienzo, en secreto, en su subconsciente, el sentimiento de ser, en cierto modo, más lista que el Dios de su tribu, y en que desplegó todos los esfuerzos de su razón en camino de la madurez para ayudarle a salir de Su condición insólita y devolverle al más allá espiritual y universalmente valedero. Por otra parte, el Abismo sostiene —aserto no probado— que, después de la caída, el retorno al estado primitivo no fue posible sino gracias a esa ardiente participación humana, y que esto no se habría producido jamás sin su ayuda.

La presciencia de quienes rodeaban el Trono no iba tan lejos. Se limitaba a murmuraciones a propósito de conferencias secretas con Semaél y al tema tratado; pero bastó para exasperar extremadamente a los ángeles contra la «criatura de mayor semejanza» y la raza elegida en vías de evolución. Esto bastaba para hacerles sentir a las cohortes celestiales una alegría maligna —prudentemente disimulada— a propósito del pequeño diluvio y de la lluvia de azufre que el Altísimo, muy a su pesar, hubo de infligir a un retoño de tal cepa, para el que poseía designios de largo alcance y, por lo demás, con la intención mal encubierta de

hacer del castigo el vehículo de nuevas grandezas. Esto era lo que expresaban las boquitas alargadas y las inclinaciones de cabeza casi imperceptibles con que los coros celestes designaban un punto de la tierra donde el Retoño, atados los brazos a la espalda, en una barca de vela empujada por remeros, descendía el río de Egipto, camino de la prisión.